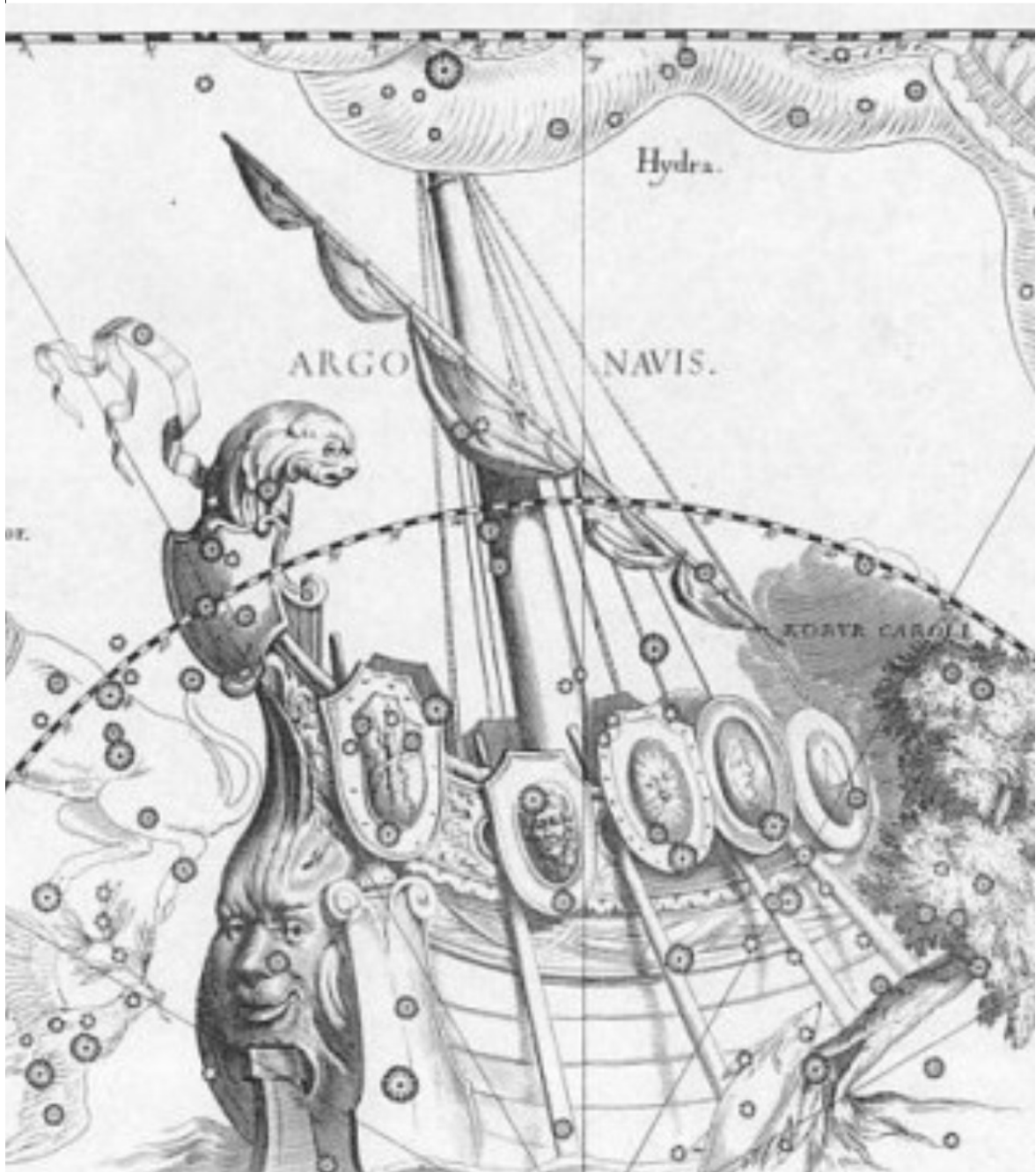


La membrana del sueño o el fuego que se teje

Pedro César Castillo Quiñones

Pedro César Castillo Quiñones

La membrana de los sueños o el fuego que se teje



Capítulo 1

La membrana del sueño o el fuego que se teje

Capítulo 2

“Mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado, y así cada hombre es dos hombres”

Jorge Luis Borges (Tlön, Uqbar, Orbis Tertius)

Capítulo 3

Nadie te vio caminar, o mejor dicho, deslizar, por la degollante avenida que divide a la ciudad perpendicularmente. Venías caminando desde el sur como las otras veces, con dirección al norte, recordándola a ella, orientándote con su aroma delirante y el dulce susurrar de sus labios repitiendo tu nombre. Te guías por una brújula que no apunta septentrionalmente. De nuevo estás deambulando en los sueños de ella.

Con los talones flotando andas ligeramente, por encima de los granos de asfalto; semillas que jamás germinan sobre el amplio vergel, dentro de un dédalo de edificios, donde se encuentran semáforos sin luces, hidrantes sin agua, puestos de periódicos sin palabras, buzones sin cartas, alcantarillas destapadas almacenando plagas, hospitales sin médicos, escuelas sin niños, ayuntamientos sin políticos.

Caminas sin contratiempos. Te protege un bermejo manto celestial, un arroyo de pescados rosas que van salpicando lluvia en su congestionado trayecto por la corriente fluvial de un vasto océano. Miras con sorpresa el cielo que se vuelve mar, y el mar que se vuelve espejo. Azul y rosa se fusionan, todos los colores se vuelven luz, pues emanan de una nueva fuente prismática, un atavío sobre vuestra cabeza. En el cielo cristalino todo se multiplica con exactitud, y miras tu reflejo, con ojos felinos, enfocados en la nada y en lo todo. Observas el mundo desde arriba, como una clase de guardián divino. Estás abajo y arriba, te conduces al norte y al sur, eres tangible e intangible, estás en tu mente y en la mente de los demás. Te construyen los que atesoran antiguos y ajenos pensamientos. No les importa que seas intemporal y anónimo.

Meditas, sin hacer ruidos, y buscas la sombra de ella entre las calles sin nombre. Crees verla, por un eterno segundo. Tu corazón bombea sangre nuevamente. La buscas donde recuerdas que le gustaba estar. Podría estar en aquel parque ecológico de Loreto y Peña Pobre, en las aulas de la universidad metropolitana o en el jardín de su casa, leyendo rústicos libros que le pertenecieron a su abuelo materno. Estás atento, y escuchas una efímera y meliflua risa que hace eco. Tu orientación sensitiva es atacada por múltiples señales; tus ojos vuelven a contemplar la ambigüedad del entorno, todo se ilumina repentinamente, pero tus pupilas se queman, se contraen. Tus movimientos son como un deslice sobre el hielo, como aquel pasatiempo donde algunos hombres y mujeres bailan, utilizando patines sobre los gélidos lagos. Persigues su rastro, como un sabueso cazando a un zorro. Ves su silueta reflejada en una ladrillada, pero sólo encuentras un hilo negro de su frondosa cabellera. Prosigues en encontrarla, y decides caminar por el sendero de migajas que te va dejando. El cazador se transformó en presa.

Encuentras un mechón, tus pies se entumen por el vaivén en el que te encuentras. Estás cayendo por una espiral, en un plano donde las formas se modifican cotidianamente, y sus significados se vuelven inservibles. Te desespera ya no encontrarla, y empiezas a alucinar su figura debajo de cada farol de luces tenues que brillan sobre la desierta avenida.

Otro de sus cabellos se enrolla, como serpiente, en tu escuálido cuello. Su cabello es un hilo conductor que te va vapuleando de esquina en esquina. Ella te envuelve en la fina red que va tejiendo, y tú sigues sin darte cuenta; lo hace para asfixiarte. Estás en su telaraña; donde cada vértice de unión, te da un onírico indicio de ella. Es un presente indefinido, y el futuro te conduce a un acantilado de ficciones.

Oyes su risa, su voz llamándote, acribillando tus oídos. Estás atento a sus pisadas contra el pavimento, su leve llanto y sus rezos a Dios, que se vuelven un absoluto calvario. Su voz es clara, y de nuevo pide clemencia por tu nombre. Haces el esfuerzo de atisbar con exactitud su voz. La escuchas gemir reservada, quedamente. Ella pregunta por ti, con amargura y temblorosas oraciones. Quiere saber cómo estás, qué sientes, dónde te hayas. Su garganta suena quebradiza, frágil, indefensa.

Por fin logras encontrarla. La miras desde lejos, y te lanzas por ella. Sientes que caes al vacío, y te preguntas por qué te aventaste sin pensarlo. Ahora estás atrás de su cadera. Tus manos la devoran como afilados dientes de bestias salvajes al estrujarla fuertemente. Su ondulado cabello cae sobre sus hombros, al filo de tu mejilla. Sus dedos y los tuyos hacen contacto, pero ella aún no te da permiso de verla a los ojos. Parece taciturna y desorientada.

Tus emociones son ambiguas. Quieres besarla, abrazarla, decirle que la echas de menos, que desearías poder estar a su lado, y paralelamente, quieres pedirle que te deje descansar en paz, que ya no quieres tener que buscarla todas las noches sin cesar. Ambos están sufriendo por esto que se ha vuelto tan cotidiano. Solamente quieres que te dejen ir.

— ¿A qué llegaste? —su canto de sirena no ha perdido el encanto— pronto amanecerá.

La giras hacia ti, como una muñeca de trapo, alzas sus manos, y con ademán, tus labios dieron ósculos sobre la suavidad de su piel. Aquello la sonrojó.

— Te amo —ella empieza a llorar— ¿Qué ocurre? —preguntas con minuciosidad en sus facciones.

La nudosidad de sus cuerdas vocales le impide hablar. Sus ojos vapulean a todas direcciones. Te mira, y te admira con sobre encanto. Tu barba raspa la palma de sus manos. Ella quiere sentir tu sudor y el palpitar de tu

sangre. Te preguntas si estás realmente vivo.

— ¿Por qué sigues viniendo? —no entiendes lo que te quiere decir.

— Tú eres quien me trae aquí todas las noches.

Ella retira su cuerpo del tuyo, y se aleja de ti. Sus pasos cortos son pequeñas puñaladas en el vientre.

— ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me obligas a estar dentro de tus sueños?
—ella te contestará con la hedionda hiel que hay dentro de su corazón, pero que es necesario expulsar.

— Quiero mantener la felicidad dentro de mí. Quiero volver a ser feliz —las palabras para contestarle tardan en nacer. Deseas hacerla feliz, pero sabes que es imposible. Tú ya no puedes estar junto a ella. En ti siempre habrá amor correspondido hacia ella, tanto, que durará una eternidad, pero lamentablemente, sabes que ya no hay deseo por ella. No todo lo que se ama se desea, y no todo lo que se desea se ama.

— Si quieres volver a ser feliz, entonces te pido que sueñes todas las noches conmigo. Porque yo prometo que, cada vez que sueñes conmigo, habrá conflicto. Dejemos de intentar ser perfectos el uno con el otro; verás cómo aquello nos elevará como individuos. El único modo de crecer es a través del conflicto, del desacuerdo. Quiero que me visualices desde ahora como tu enemigo (tu cuerpo desprende humo. Tu ser empieza a incinerarse. Un misterioso fuego acoge tu cuerpo, pero los brasas no te quemar; son llamas gentiles que erizan los bellos de tu piel. Tú eres parte del sueño, no eres real, eres parte de su subconsciente. Quieres ayudarla, aunque ella sepa al despertar que no fuiste más que un producto de una inigualable pesadilla. Sin dolor te transformas en cenizas lentamente. Entiendes que te tienes que evaporar) quiero que me veas como la persona que no te dará la razón en todo momento, con quien afrontarás tus infames verdades. Seré quien te desafíe, quien te presione hasta superar tus límites. Te lastimaré, te haré llorar para que puedas sonreír. No te diré "sí" a todo lo que me digas o me preguntes, porque así demostrarás qué tan real eres; porque sólo así podrás alcanzar la verdad. Serás mejor persona... mucho más exitosa... así alcanzarás la verdad. (El fuego te consumió, y tus cenizas las recogió el viento). La infelicidad sólo son manchas de tinta que caen sobre el papel donde está escrita la bella persona que somos en realidad. Nosotros decidimos cuanta tinta queremos que se derrame.